

sino por la caridad, y esta caridad es un don del Espíritu Santo, que no puede prometerse con seguridad *el que contrista al espíritu de Dios*, para valerme de la tierna expresion de la misericordia divina.

CAPITULO XII.

JESUS DEBE MORIR EN JERUSALEM: SU BONDAD PARA CON ESTA CIUDAD INGRATA.

“En el mismo dia se acercaron algunos fariseos diciéndole: Sal y véte de aquí, porque Herodes quiere matarte. Y les dijo: Id y decid á aquella zorra, que yo lanzo los demonios y curo las enfermedades hoy y mañana, y al tercer dia seré consumado (*). Sin embargo, conviene que yo ande hoy y mañana, y al dia siguiente, porque no es conveniente que un profeta perezca fuera de Jerusalem (**).

“Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas, y

(*) Que forme contra mi vida los designios que quiera; porque yo debo emplear aún algun tiempo en mi ministerio, que es dar salud espiritual y temporal, y hacer bien á todo el mundo, y predicar el reino de Dios; y pasado este tiempo, consumaré ó acabaré mi sacrificio con la muerte. (Nota del Illmo. Scio al cap. XIII de San Lúcas).

(**) Porque esta ciudad es como el lugar destinado para derramar la sangre de los profetas. Algunos de estos habian sido muertos fuera de Jerusalem, como Jeremías en el Egipto, y Ezequiel en la Caldea; pero la mayor parte pereció en esta ciudad, que llenando la medida de su iniquidad, hizo morir á la misma vida, y al que las Escrituras llamaban por excelencia el Profeta. (Idem idem).

apedreas á los que son enviados á tí; ¡cuántas veces quise reunir á tus hijos, como el ave á sus hijuelos debajo de sus alas, y no quisiste. (San Lúcas, XIII, 31 á 34).”

Nuestro Señor repite mas adelante estas mismas palabras en Jerusalem, unos cuantos dias antes de su muerte: actualmente estaba en Galilea. El evangelista San Lúcas las pone tal vez aquí, para ligarlas con lo que se ha dicho de Jerusalem en el pasage anterior. Es probable que las dijo dos veces.

CAPITULO XIII.

CUALES SON LOS PRIMEROS PUESTOS.—PREFERENCIA QUE SE HA DE DAR A LOS POBRES.—BANQUETE A QUE NO ASISTEN LOS CONVIDADOS.—CONDICIONES PARA SER DISCIPULO DE JESUS.

“Y sucedió, que entrando Jesus en la casa de uno de los principales fariseos á comer, un sábadó, le observaban los que habia allí. Y he aquí que estaba delante un hombre hidrópico, y Jesus hablando á los doctores de la ley y á los fariseos, dijo: ¿Es lícito curar en sábadó? Mas ellos callaron, y cogiendo Jesus al hombre le curó y le despidió. Y hablando á aquellos en seguida, dijo: ¿A quién de vosotros se le caerá un asno ó un buey en un pozo, y no le sacará al punto, aunque sea sábadó? Y no podian responderle á esto.

“Y decia esta parábola á los convidados, al ver cómo

escogian los primeros puestos: Cuando fueres convidado á unas bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que esté convidado uno mas distinguido que tú, y viniendo el que te convidó á tí y á él, te diga: Da tu lugar á éste. Y entonces vayas avergonzado á ocupar el último puesto. Mas cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entonces será una gloria para tí delante de los que están á la mesa. (San Lúcas, XIV, 1 á 10)."

Nuestro Señor no recomendó sériamente estas reglas de la prudencia humana, cuyo único fin era proporcionar una distincion mayor. Jesucristo hablaba aquí con una especie de ironía, probablemente sonriéndose, para hacer ver á aquellos hombres vanos, cuya alma hinchada de orgullo no era tan fácil de curar como el cuerpo hinchado del hidrópico, cuán inútiles eran para conseguir su objeto, los esfuerzos con que aspiraban á las ventajas exteriores, aun segun su propio modo de considerar las cosas. Despues, abrazando de una sola ojeada lo eterno y lo terreno, continúa gravemente (v. 11): "Porque todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado (*)."

(*) Por esta instruccion que da el Señor, se ve cuán conformes son al Evangelio las reglas de la urbanidad cristiana. Pero el Señor quiso abatir el orgullo de los fariseos, que mirándose como elevados sobre los otros por una profesion de vida mas santa, creían tener derecho á los primeros asientos. La humildad se grangea el honor y respeto de todo el mundo;

"Decia tambien al que le habia convidado: Cuando das una comida ó una cena, no convides á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á los vecinos ricos, no sea que éstos te conviden á tí luego, y te paguen (*) el favor recibido. Mas cuando das un convite, convida á los pobres, á los achacosos, á los cojos y á los ciegos, y serás dichoso, porque no tienen con qué pagarte, y se te pagará en la resurreccion de los justos. Habiendo oido esto uno de los que estaban á la mesa, le dijo: Bienaventurado el que coma el pan en el reino de Dios. (San Lúcas, XIV, 12 á 15)."

Esta órden de Jesucristo no se ha de tomar ni seguir á la letra, sino segun el espíritu que la dictó. Dar grandes banquetes únicamente por ser convidado despues, y competir en lujo y en regalo, mientras que los pobres, los miembros de Jesucristo, carecen de lo necesario, eso es lo contrario á la doctrina cristiana, y contra eso clama nuestro Señor. Pero hay conexiones sociales que imponen á los grandes de la tierra, á sus primeros servidores, y á otras personas distinguidas por su clase y

la presuncion por el contrario, solo se gana el desprecio y la confusion. (Nota del Illmo. Scio al cap. XIV de San Lúcas).

(*) El Señor no condena aquí los convites sóbrios y modestos, que los parientes y amigos se hacen unos á otros, con la mira sola de mantener una union y caridad cristiana. Condena la suntuosidad de los banquetes que se dan los ricos unos á otros por respetos temporales de interés, de gula y de vanidad; y quiere que las riquezas se empleen en socorrer á los pobres, y que no sirvan de fomento al lujo, á la diversion y á la embriaguez. (Idem idem).

riqueza, ciertos deberes de correspondencia que los obligan á dar convites. Estos no son condenados aquí, como tampoco aquellas comidas amistosas é inocentes en sí, de que se aprovechan las personas que piensan bien para sacar fruto, aunque no fuera mas que para proporcionar útiles distracciones, y mantener las relaciones de amistad. En nuestras costumbres, si uno convidara á su mesa pobres, lisiados, cojos y ciegos, seria acusado de hipócrita, y por consiguiente, daria escándalo y ofenderia á sus huéspedes; pero esquivarse de los infelices, hacer ostentacion de opíparos banquetes, y olvidarse del indigente, negarle un corto socorro cuando nos encuentra, y despedirle con dureza, ese es un pecado contra el cual clama nuestro Señor con mas vehemencia, que contra otro cualquiera.

“Mas Jesus le dijo (es decir, al convidado que le habia dicho: Bienaventurado el que coma el pan en el reino de Dios): Un hombre dió un gran convite, y convidó á muchos. Y á la hora de comer envió á su siervo á decir á los convidados que fuesen, porque ya estaba todo preparado, y todos juntamente empezaron á excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja, y tengo necesidad de salir y verla: te ruego que me disculpes. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlas: te ruego que me disculpes. Y otro dijo: Me he casado, y por eso no puedo asistir. Y volviendo el siervo, participó esto á su señor. Entonces enojado el padre de familia dijo á su siervo: Sal pronto

á las plazas y calles de la ciudad, y trae aquí á los pobres, á los achacosos, á los ciegos y á los cojos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aun queda lugar. Y dijo el señor á su siervo: Sal á los caminos y á los vallados, y obliga (*) á entrar para que se llene mi casa. Mas yo os digo, que ninguno de los que han sido convidados, probará mi cena. (San Lúcas, XIV, 16 á 24).”

Es claro que nuestro Señor habla aquí de la ingratitude de los judíos, y de la vocacion de los gentiles; pero como muchos de los primeros habian recibido ya entonces la doctrina de Jesus, me parece muy natural la explicacion de San Agustin, y del papa San Gregorio el Grande. Por los que fueron convidados los primeros, entienden estos dos doctores, los sacerdotes, los fariseos y los caudillos del pueblo que desecharon su convite celestial: por los que fueron llevados de las plazas públicas y de las calles de la ciudad, entienden algunos pobres judíos que recibieron su doctrina; y por último, por los que fueron buscados en los caminos y vallados, entienden los paganos. (Aug. Quæst. Evang., II, 10, Greg. Magn. in Evang., Hom. 36).

(*) El Padre celestial, por medio de Jesucristo, que tomó la naturaleza de un esclavo, convidó á los judíos á recibir la gracia de la salud. Aquellos que asidos á las cosas de la tierra cerraron los oídos á las voces de la verdad, fueron excluidos; y en su lugar, entraron los mas sencillos y humildes de los mismos judíos; y los gentiles, á los cuales por la omnipotencia de su palabra, llamó á la eterna felicidad. (Nota del Ilmo. Scio al cap. XIV de San Lúcas).

Cuando se dice: obliga á entrar (*anagkason eiseltheim*), no se trata de una violencia exterior contraria al espíritu evangélico, sino de la fuerza divina que se apodera de las almas y las arrastra; porque la violencia de aquel cuyo yugo es suave, y cuya carga es ligera, es tan dulce como poderosa.

“E iban con él muchas turbas, y volviéndose les dijo: Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre, y á su madre, y á su muger, y á sus hijos, y á sus hermanos, y á sus hermanas, y hasta su vida, no puede ser mi discípulo (*). Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de vosotros queriendo edificar una torre, no se sienta primero, y calcula los gastos que son necesarios, y si tiene para acabarla, no sea que despues que haya echado los cimientos y no pudiese acabarla, todos los que lo ven comiencen á burlarse de él diciendo: Ese hombre empezó á edificar, y no pudo acabar (1)? O ¿qué rey que ha de

(*) (*San Mateo*, X, 37, 38). Aborrecer á sus parientes, no quiere decir quererlos mal, sino detestar sus máximas y su conducta cuando son opuestas al Evangelio. En este caso, hemos de estar dispuestos á perder su amistad antes que la de Dios, y á huir de ellos como de perniciosos enemigos, que quieren quitarnos la vida del alma con sus discursos engañosos, y con sus perniciosos ejemplos. (Nota del Illmo. Scio al cap. XIV de San Lúcas).

(1) La voz griega *purgos*, tiene diferentes significados: significa una torre, una muralla flanqueada de torres, un castillo fuerte, una plaza fuerte; y por último, un palacio de campo. Por lo demas, los judíos tenían en sus jardines y viñas verdaderas torres habitables, de que todavía se ven ruinas en Palestina.

ir á hacer la guerra á otro rey, no recapacita primero despacio, si puede con diez mil hombres marchar contra el que viene con veinte mil hácia él? De lo contrario, cuando aquel está todavía lejos, le envia una embajada haciéndole proposiciones de paz. Así, pues, entre vosotros, todo el que no renuncia cuanto posee, no puede ser mi discípulo (*). La sal es buena; mas si la sal se disipare, ¿con qué se sazonará? No sirve ni para la tierra, ni para el estercolero, sino que se arrojará fuera (**). El que tenga oídos para oír, oiga. (*San Lúcas*, XIV, 25 á 35).”

Como la religion de Jesucristo está fundada en el amor, y como el Salvador mismo equiparó el mandamiento que nos obliga á amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos, á este otro precepto: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todo tu entendimiento; sin duda no ocurrirá á nadie que Jesus quiso recomendar á sus discípulos (y todos somos llamados á serlo) que aborrecieran á nadie, y mucho menos á sus padres, á sus mugeres, á sus hijos y á sus hermanos, dado caso que no halláramos la explicacion de estas palabras en el evangelista San Mateo, por cuya

(*) Por estas dos comparaciones, nos quiere dar á entender Jesucristo, que antes de empeñarnos en seguirle, como verdaderos discípulos, veamos y consideremos si hay en nosotros disposicion para llevar su cruz toda nuestra vida, y para renunciar á todo lo que nos puede detener, y servir de impedimento para conseguir la verdadera felicidad. (Nota del Illmo. Scio al cap. XIV de San Lúcas).

(**) Texto griego: *todos*. (Idem idem).

boca dice el Hijo de Dios (Cap. X, v. 37): "El que ama á su padre y á su madre mas que á mí, no es digno de mí; y el que ama á su hijo ó á su hija mas que á mí, no es digno de mí."

Dios nos libre de aborrecer jamas á nadie. ¿Cómo, pues, habiamos de aborrecer á nuestros padres, en quienes vemos la imágen del Padre celestial, la imágen de la providencia paternal de Dios, y de un Dios que se llama nuestro padre? ¿cómo á nuestros tiernos hijos, en quienes se reproduce y multiplica nuestro propio ser? ¿cómo á la esposa, á la cual nos unimos, y por la cual debemos abandonar padre y madre, por órden de Dios y por inclinacion? ¿cómo á nuestros hermanos y hermanas, que han descansado con nosotros en el mismo seno, cuyas facultades intelectuales se han desenvuelto con las nuestras, y cuyos afectos se fijaron desde luego en nosotros, como los nuestros se fijaron en ellos? Pero Dios nos libre tambien de amar á nuestros padres, á nuestras mugeres, á nuestros hijos, y á nuestros hermanos mas que á Jesucristo, ó tanto, si queremos tener parte en su herencia.

La religion nos enseña á amar al padre, porque nos manda llamar *Padre nuestro* al que es fuente de toda vida, de todo bien, y de toda hermosura; á la madre, porque compara al amor de Dios hácia nosotros, con el amor de una madre que no puede olvidar á su tierno hijo; á la esposa, porque el Hijo de Dios se representa como el esposo de la Iglesia; y á los hermanos, porque

Dios lo era nuestro y *no se averguenza de llamarnos suyos*, como dice el Apóstol (Epístola á los Hebreos II, 11). Mas para amarlos verdaderamente y sin egoismo, es menester que los amemos con un amor que es mas fuerte que la muerte, y que los estrechemos con unos brazos que abrazan la eternidad en nuestro corazon, que la muerte misma no podrá romper. Y esto no lo podemos hacer sino amándolos en Dios; y el que ama á su prójimo en Dios, ama á Dios sobre todas las cosas: eso es lo que nos pide Jesucristo.

Todo lo que es noble y divino en nosotros, se dirige hácia la eternidad, y nada hay mas noble y divino en nosotros, que el amor; sí, todo lo que es noble y divino en nosotros, lo es únicamente por la participacion del amor. Lo que saca su esencia de los intereses temporales, no es amor. La antorcha del amor se encendió en la eternidad, y por la palabra *eternidad* ha de entenderse el Eterno, que es la fuente del amor y el Océano á donde este irá á perderse de nuevo.

CAPITULO XIV.

LA OVEJA PERDIDA: EL HIJO PRODIGO.

"Y se acercaban á Jesus los publicanos y los pecadores (1) para oírle. Y murmuraban los fariseos y los es-

(1) Todos somos pecadores; mas aquí se trata de pecados públicos: así, á la muger que habia ungido los piés del Salvador, se la llama pecadora en el capítulo VII de San Lucas; expresion que designa las mugeres que viven ó han vivido públicamente en el desórden.